

Julio Pinto Vallejos.
Caudillos y Plebeyos. La construcción social del estado en América del Sur
(Argentina, Perú, Chile) 1830-1860.
Ediciones Lom, Santiago, 2019, 410 pp.

Hace algunos años, la historiadora argentina Hilda Sabato se preguntó por el carácter de la historia latinoamericana.¹ Señaló que se ha tendido a estudiar al continente como un todo, definiendo periodos históricos a partir de problemáticas y procesos generales que luego son explorados en casos particulares. También puso atención en que el concepto de “América Latina” adquirió fuerza connotativa en

términos identitarios, lo que refuerza la antedicha noción de historia común. El problema que suponen ambas tendencias sería el de borrar las particularidades casuísticas para hacer conciliar los elementos en común. Este asunto ha sido escasamente resuelto, pues las historias nacionales en general dan cuenta de esas especificidades, pero no necesariamente dialogan con el espacio continental. Frente a esto, la historiadora planteó dos caminos: la historia transnacional, dedicada al estudio de los intercambios, flujos, transferencias y conexiones entre sociedades diversas; y la historia comparada, la cual permitiría cuestionar las escalas espaciales y temporales que se han utilizado históricamente.

Julio Pinto Vallejos no solo está consciente de este dilema, sino que lo enfrenta airoosamente en su libro *Caudillos y Plebeyos. La construcción social del estado en*

1 Hilda Sabato “Historia latinoamericana, historia de América Latina, Latinoamérica en la historia”, Conferencia de clausura del XVII Congreso Internacional de AHILA (Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos). Berlín, 12 de septiembre de 2014. Disponible en <http://hahr-online.com/historia-latinoamericana-historia-de-america-latina-latinoamerica-en-la-historia-conferencia-de-hilda-sabato-en-el-marco-del-xvii-congreso-internacional-de-historiadores-latinoamericanistas-europeo/>

América del Sur (Argentina, Perú, Chile 1830-1860). Esta obra examina, en clave comparativa, tres procesos de construcción del estado nacional. Si bien hay una delimitación temporal, los tres no coinciden exactamente en su inicio y término, e incluso en dos casos no refiere a gobiernos consecutivos. Por ello, es importante la caracterización de la idea del proceso, dentro del contexto latinoamericano, pues se apunta a comparar experiencias que tienen elementos en común, lo que permite contrastar de mejor manera sus diferencias.

En esta obra, el autor también se hace cargo de otro problema de la historia sobre América Latina. Los trabajos comparativos han sido escritos, en su mayoría, por autores no latinoamericanos y en otros idiomas, predominando el inglés, o bien, son obras de autores de este continente, pero creados colectivamente, es decir, no hay una comparación en el proceso mismo de la investigación. Desde este punto de vista, *Caudillos y Plebeyos* es una de las pocas investigaciones comparativas dedicadas no solo «a» tres países latinoamericanos, sino que «desde» el Cono Sur. El lugar de la escritura se ve reforzado por el amplio dominio de la bibliografía de los países en estudio, dando cuenta de un panorama actualizado y contemporáneo del debate historiográfico. Este libro, en definitiva, constituye un excelente material de actualización de la historia social y política de la región,

permitiéndonos conocer no solo qué se ha escrito desde América Latina, sino también el cómo.

Los fuertes cimientos bibliográficos fueron complementados con información extraída de archivos de las ciudades de Santiago, Iquique, Lima, Cuzco, Arequipa y Buenos Aires. En cada capítulo, el lector transita desde las grandes tesis propuestas por las y los expertos en determinados temas, hacia ejemplos y citas de documentos que contribuyen a fortalecer la argumentación. Como se ha señalado, el objetivo central del libro es examinar y contrastar tres experiencias de búsqueda del orden social, con el proceso de construcción de estado como telón de fondo. La hipótesis propone, por un lado, que en el contexto post-independentista las elites locales vieron la necesidad de pactar con los grupos plebeyos para recomponer el orden social. Ese pacto se habría realizado más por conveniencia que por convicción, y las diferencias de cada proceso nacional están dadas por el grado de cohesión interna dentro de la elite. Así, a mayor fraccionamiento oligárquico, más urgencia y necesidad tuvieron los grupos empeñados en construir estado de generar alianzas con la plebe. Como contraparte, a mayor grado de autonomía y movilización del mundo popular, resultó más difícil para la elite imponer su concepción de orden social. Como indica el autor, “donde la plebe participó más activamente durante las guerras de independencia o

donde existía tradición de insurgencia subalterna fue más difícil (...) recomponer autoridad por mera imposición” (388). En definitiva, las dinámicas sociopolíticas de las elites y la plebe, así como sus interacciones, explicarían el curso que tomaron las vías de construcción de estado en América Latina.

Para abordar esta hipótesis, el autor dividió el libro en seis capítulos, dedicando dos a cada caso: el Chile portaliano (1832-1859), el rosismo en Argentina (1929-1953) y el castillismo en Perú (1845-1860) y utilizó la clave comparativa a medida que avanzó en el relato. Por lo tanto, si bien cada caso se examina por separado, y eso posibilita la lectura de los capítulos de manera independiente, para comprender las comparaciones propuestas por el autor, se hace necesaria una lectura lineal del texto. Por ello, los capítulos que contienen más análisis comparativo y referencia a las otras experiencias sudamericanas son los dedicados a los gobiernos de Ramón Castilla.

El comienzo por el caso chileno no se explica solo por razones temporales o por la experticia del autor, sino también porque es la experiencia más refractaria y con menos participación del mundo plebeyo, instalándose como un referente para los casos siguientes. En este escenario, Julio Pinto propone que el régimen portaliano sustentó su relación con los sectores populares a través de la represión y el control coercitivo del comportamiento social y

limitando los canales de participación política. También intentó transformar las costumbres y formas de sociabilidad en función del nuevo orden social, pero conservando como principio la exclusión político-social de la plebe. El examen de los gobiernos de Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires arroja elementos en común con el régimen portaliano, como el desarrollo de un sistema de control policial y militar, promovido también bajo el principio del orden social. Pero, la diferencia más abismante se vincula con la estrategia de Rosas de pactar con el mundo plebeyo, manifestada en las relaciones de reciprocidad empleadas con los caudillos del interior y líderes indígenas, otorgando retribución de lealtades a través de la concesión de tierras, la inclusión dentro del sistema electoral, el reconocimiento de derechos políticos. A esto se suma el personalismo que adquirió Rosas en este episodio, que se consagró con la serie de rituales y símbolos que acompañaron su segundo mandato, donde se destaca la imposición de utilizar la “divisa punzó” en el vestuario, como referente visual del rosismo y el uso de su imagen en las instituciones públicas. Su vínculo con la plebe, los indígenas y la población afrodescendiente le valió las críticas de la elite que lo consideraba un representante de la barbarie, y la oposición logró derrocarlo del poder una vez que su estrategia de pacto social populista se vio socavada.

El tercer caso examinado fueron los gobiernos de Ramón de Castilla, experiencia que Pinto califica como un punto intermedio entre el orden excluyente portaliano y el pacto rosista. Esto sobre la base que Castilla también promulgó leyes que beneficiaron al bajo pueblo (como la polémica derogación del tributo indígena y la abolición de la esclavitud) y reconoció espacios de participación política a través de las elecciones. Pero, a su vez, desplegó fuertes medidas de control social para regular el movimiento de la población, las relaciones laborales e incluso prácticas de recreación popular como los carnavales y las corridas de toro. Castilla terminó su segundo gobierno con un giro conservador, promulgando una constitución que derogaba varias de las leyes que le habían dado su carácter populista, adquiriendo más semejanzas con el régimen portaliano.

Uno de los elementos a destacar es la importancia otorgada a los sectores populares, quienes aparecen como co-protagonistas del libro. Si bien es un trabajo abordado desde la historia social y de la construcción del orden estatal, se desprende como propuesta fundamental que no se puede pensar la historia política de América Latina en el siglo XIX sin el factor plebeyo. Esto irrumpe con una añosa tradición historiográfica que visualiza la política decimonónica como de exclusiva competencia de la élite y, por otro lado, se nutre de las

investigaciones chilenas, argentinas y peruanas que han observado y analizado los procesos de politización popular decimonónicos. Para este aspecto, Julio Pinto se sirve de la matriz interpretativa de los estudios subalternos, visualizando no solo las formas de organización política sistematizadas como puede ser el caso de la Sociedad de la Igualdad en Chile o las sociedades afro-argentinas, sino también formas menos orgánicas como las comunidades indígenas en la sierra peruana y los cacicazgos de la pampa.

De esta manera, si bien el lente está puesto sobre las clases dominantes, el estudio de los sectores populares para este periodo ya no sería solo una opción metodológica o convicción política, sino un elemento fundamental en el análisis histórico, pues sería innegable que los pueblos se constituyeron en actores políticos relevantes. Como plantea el autor, a las elites poco o nada les importaba fundamentar la soberanía popular, sin embargo, no pudieron eludir el reconocimiento de ciertos derechos políticos y en algunos casos, culturales, debido a la capacidad del mundo plebeyo de inclinar la balanza dentro del conflicto oligárquico.

Por otro lado, en obras como esta siempre surge la pregunta por la voz del pueblo y la dificultad de acceder a fuentes legítimas. Es sabido que durante el siglo XIX no se conservó su legado material y que esa dificultad ha

sido salvada por distintas estrategias según la metodología utilizada. Frente a esto, se aprecia que en esta investigación Julio Pinto mantiene los métodos de la historia social, buscando las voces populares en los archivos institucionales de cada país, a pesar de que su perspectiva es desde arriba. Sin embargo, es loable la intención de incorporar las tesis y propuestas de la historia cultural, e incluso, las perspectivas de la denominada “nueva historia política”, bebiendo de esas aguas, pero manteniéndose férreo al examen del problema del estado en el siglo XIX.

Finalmente, esta obra es una invitación a repensar el siglo XIX latinoamericano, el cual no está lo suficientemente estudiado. Esto queda demostrado, incluso, en la incorporación de conceptos que parecían descartados de nuestro lenguaje histórico como “caudillos” y “plebe”. Pero sin duda, en el momento que estamos viviendo, donde las fracturas sociales y políticas se hacen más evidentes, este libro nos invita a preguntarnos por la sobrevivencia de un modelo económico construido a espaldas, una vez más, de los sectores populares, por una clase

política y empresarial que ha perdido legitimidad. La elite intenta, a como dé lugar, proteger el orden social heredado de la dictadura que les otorga un lugar privilegiado en la jerarquía social. Mientras militarizan wallmapu y promulgan leyes altamente coercitivas de las libertades personales, se desarrollan planes de asistencia social sectorizada y pretenden introducirse en los espacios de organización autónoma popular como lo son las ollas comunes. A la luz de este libro, cabe preguntarse ¿será que las élites no pueden prescindir del pacto con los sectores populares para mantener el orden social? ¿Qué tan cohesionada se encuentra la elite para enfrentar este dilema? ¿Qué capacidad de autonomización y rebelión tienen los sectores populares para poner en jaque el modelo? ¿Será este el tiempo de los nuevos caudillos? La respuesta solo la tendrán –parafraseando al grupo Congreso– los «historiadores del futuro».

MG. KAREN DONOSO
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
CHILE